

# El proceso de descomposición de las instituciones y el sentido de lo comunitario en los proyectos de sociedad

Carlos Pérez Zavala\*

El presente ensayo aborda la descomposición de las instituciones del Estado y de la sociedad en México, a partir de una lectura de algunos de los indicadores más preocupantes: la corrupción, la impunidad, el abuso de poder y en general la instrumentación de una serie de acciones del Estado que se pueden inscribir como expresiones de un clima de violencia generalizada en casi todos los rincones del territorio nacional. En otras palabras, se trata de hacer un diagnóstico de los desastres sociales que hemos vivido los mexicanos en las últimas décadas. Se propone como posible alternativa a este clima de terror la respuesta de la sociedad civil, entendida como el sujeto social que puede construir una salida a este laberinto por medio de la construcción y reconstrucción de vínculos, redes y formas de organización social sustentadas en los intereses de la colectividad. Se plantea la necesidad de construir nuevas culturas políticas que incluyan tanto las formas de participación política como las expresiones relacionadas con la subjetividad social y la cultura.

## Escenarios

**E**n estos tiempos de inmoralidad y corrupción en los que observamos con indignación cómo son pisoteados los derechos del pueblo y de los trabajadores, y cómo son ignoradas las demandas de millones de mexicanos, es necesario preguntarse: ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad para detener los avances de un proyecto de dominación que está sumamente apuntalado en las acciones de la clase

dirigente en nuestro país? ¿Cuáles son las consecuencias de asumir el refrenado de un modelo económico que lleva al país hacia su desaparición como Estado-nación? Y con la misma intensidad también nos preguntamos: ¿Cómo se podrían abordar estos problemas de nuestro presente desde otro proyecto de sociedad?

Independientemente de que la conducción del gobierno continuará en manos de los aduladores del neoliberalismo al menos durante un lustro, es necesario pensar y darle sentido a una propuesta diferente de sociedad. Un contrato social que preserve y proyecte la posibilidad de sustentar la convivencia y los consensos en valo-

res compartidos y caros como los de transparencia, justicia y democracia.

Si partimos de que estamos en medio de una crisis de gobernabilidad que ha sido propiciada por las propias autoridades federales, que han utilizado las instituciones sociales para ejercer la violencia y provocar un clima de descomposición social como proyecto de futuro, entonces tenemos que pensar que no tenemos nada que perder y que es posible imaginar una vía en sentido contrario.

Por ello, hoy tenemos que emprender una reflexión sobre las condiciones de posibilidad para erradicar la violencia, la impunidad, la infamia y la corrupción de los grupos y actores

\* Profesor-Investigador, Departamento de Educación y Comunicación. UAM-Xochimilco.

sociales dominantes que actúan al amparo y bajo la protección de las instituciones del Estado.

Una de las evidencias más claras del actual clima de descomposición de la sociedad mexicana lo podemos observar en la impunidad reinante en todos los círculos del poder. Tanto en autoridades federales, estatales y municipales, en representantes y actores políticos, grupos empresariales, dirigentes religiosos, medios de comunicación y en diversos grupos de poder, encontramos una constante: todos ellos están protegidos por el manto de la impunidad. A la sombra y protección de fueros, apoyos y complicidades, el imperio de la impunidad se hace presente en cada uno de sus actos.

Hechos recientes parecen apuntalar esta preocupación compartida por amplios sectores sociales. La agresión y barbarie que sufrieron los pobladores de San Salvador Atenco, la represión a los mineros de Sicartsa, el desprecio por la suerte que corrieron los mineros sepultados en la mina Pasta de Conchos, la serie de abusos de poder cometidos por el gobernador del estado de Oaxaca en contra de los movimientos sociales abanderados por la APPO, y los desaguisados y perversiones de las decisiones de la mayoría de los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, son sólo algunos de los actos de violencia institucional que han enrarecido el panorama nacional en los últimos meses.

En este sentido, los principales artífices de los actos de violencia institucional disfrutaban de la protección de la ley e incluso la usan en contra de los que ponen en duda su honorabilidad. Cobijados bajo la consigna de que sus actos responden a la necesidad de preservar un Estado de Derecho, cometen delitos que abarcan una enorme gama de registros. Desde masacres a poblaciones desarmadas hasta defalcos millonarios de las arcas nacionales, utilización de influencias para participar en los grandes negocios, abusos de poder y peculado, asociación delictuosa y muchos otros más. Cuando sienten que algo o alguien descubre sus tropelías, acuden a los medios de comunicación (cuyos dueños forman parte del mismo grupo de intereses) para tratar de imponer su versión de los hechos.

Aunque siempre ha existido una relación directamente proporcional entre el grado de poder y la impunidad para cometer todo tipo de delitos, resulta que ahora los delincuentes de cuello blanco han ampliado sus áreas de influencia y con ello también han propiciado una mayor visibilidad de sus infamias. Tal vez por un exceso de confianza o tal vez a causa de una desmedida voracidad de poder han perdido su acostumbrada discreción. Ahora actúan a la

luz del día y por ello están más expuestos a la mirada de la sociedad. Las iniciativas del gobierno actual para emprender una reforma energética que persigue la privatización de PEMEX son un ejemplo claro de este ímpetu de entregar el país a el capital privado y extranjero.

Si bien algunos de los delitos que cometen estos delincuentes son denunciados por algunos medios o por la sociedad civil, la respuesta de las autoridades correspondientes no aparece por ningún lado. Así, la impunidad se reafirma como norma vigente, como un estado de cosas que casi nadie se atreve a cuestionar o al menos a exhibir seriamente. Las instituciones encargadas de la impartición de justicia hacen como que persiguen los delitos y al mismo tiempo establecen las condiciones para permitir la impunidad.

Ante esta situación, la respuesta de la sociedad transita entre los límites del desencanto, la desesperación y la resistencia. Una cosa comienza a quedar clara: la sociedad mexicana no puede tolerar indefinidamente esta situación. Los acontecimientos que desbordan los umbrales de tolerancia de la sociedad no sólo se refieren a la impunidad con que operan los defraudadores, dirigentes políticos, legisladores o empresarios acaudalados, los narcotraficantes o las redes de pederastas y políticos relacionados con ellas, sino que alcanza también a los mandos medios y a los pequeños poderes institucionales. En otras palabras estamos ante un clima generalizado de descomposición de los aparatos del Estado y sus instituciones. Los actores políticos convencionales, partidos políticos y grupos de intereses alimentan este estado de anomia social y con sus acciones u omisiones propician la pérdida de toda legitimidad. La inexistencia de una autoridad moral y legal que pueda poner un freno a estos delitos nos coloca en una especie de ley de la selva.

La respuesta de la sociedad civil a esta situación tendrá que aparecer tarde o temprano con miles de rostros y seguramente nutriendo nuevos movimientos sociales que defenderán valores entrañables como los de justicia, democracia y libertad. En otras palabras, estamos hablando de la capacidad de respuesta de millones de mexicanos que ya no confían en los sistemas de representación convencionales ni en las autoridades en turno. Los retos actuales de los ciudadanos tienen que ver con el ejercicio de la capacidad de intervenir en el destino del país desde nuevas formas de participación política para poder encontrar una salida a este laberinto de infortunios. Las movilizaciones de ciudadanos y ciudadanas para impedir la privatización de la industria petrolera nos permiten reco-

nocer que el pueblo mexicano está atento a los peligros que entraña la iniciativa de reforma energética presentada por Felipe Calderón al Poder Legislativo a principios de abril del presente año.

En otras palabras, tenemos frente a nosotros un universo de problemas que se presentan de una manera abrumadora y agobiante, pero que a la vez interpelan y demandan a los sujetos sociales a que encuentren una posición ética ante los mismos.

Es cierto que la mayoría de estos problemas no se pueden resolver de un solo plumazo e incluso parece que algunos de ellos no tienen solución, al menos en el corto plazo. Sin embargo, es inevitable emprender la tal vez no tan utópica tarea de imaginar que en algo podemos colaborar para detener el deterioro de nuestro sistema social.

Ciertamente estamos inmersos en un caudal infinito de infamias que no pueden ser enfrentadas de manera individual. Todos los ciudadanos de a pie estamos involucrados en una lucha desigual y padecemos la asimetría del poder que nos obliga a sumar esfuerzos.

Sin embargo, también hay que reconocer que estamos viviendo en un momento en que la política empieza a dejar de ser el monopolio de unos cuantos y cada vez más se convierte en una tarea pública, verdaderamente compartida por todos. En las últimas décadas se ha enfatizado la necesidad de ver las implicaciones políticas de las acciones comunes y corrientes de los ciudadanos, pero todavía falta mucho para que la mayoría se dé cuenta de que lo que hacen o dejan de hacer tiene una implicación política. A pesar de ello, es cada vez más evidente que la intuición y la creatividad se abren paso y, de una u otra manera, empiezan a poblar los escenarios que originalmente estaban ocupados por los actores políticos convencionales.

## **La comunidad y la creación de nuevas realidades sociales**

A manera de antídoto en contra de este torrente de infamias y escenarios desoladores podemos pensar la construcción de consensos y formas de organización social sustentadas en los intereses de la colectividad.

Una de las preguntas que aparece continuamente en los ámbitos de las discusiones sobre los proyectos alternativos de sociedad se relaciona de una u otra manera con la búsqueda de vínculos, lazos o espacios de consenso en donde los colectivos se puedan pensar y construir desde nuevas formas de asociación.

Una primera premisa podría enunciarse de la siguiente manera: los espacios privilegiados para construir nuevos vínculos sociales no pasan por las instituciones sociales del Estado ni mucho menos por las organizaciones políticas estructuradas y sujetas a pautas y convenciones estratificadas y jerarquizadas. En este sentido los partidos políticos y los aparatos del Estado no son los lugares idóneos para la consolidación de nuevas plataformas que permitan proyectar las inquietudes de los nuevos sujetos sociales que persiguen la realización de proyectos alternativos de sociedad.

Son otros los espacios en los que podemos atestiguar la existencia de actores sociales que todavía postulan la posibilidad de una comunidad de ciudadanos y de grupos sociales autónomos y que están buscando crear nuevos espacios y tiempos para la realización de sus proyectos.

Son ciudadanos sin partido, grupos independientes, organismos no gubernamentales, comités de vecinos y por supuesto grupos sociales que han estado siempre privados de sus derechos políticos y sociales, los que alzan la voz y buscan salidas a su malestar social. Todos ellos se imaginan una sociedad en donde se puedan pensar colectivamente y resolver los grandes problemas a través de consensos y políticas que tomen en cuenta los intereses de la mayoría.

En este contexto podemos tratar de entender la reaparición del concepto de comunidad que ha estado presente en muchos de los discursos de los sujetos sociales en las últimas décadas<sup>1</sup>. El concepto de comunidad aparece como un territorio posible que intenta revivir algunos de los rasgos que creemos deben tener nuestras propuestas de agrupación en diferentes espacios y relaciones. El significado de este término también alude a la necesidad de tejer redes, alianzas y puentes entre actores y sujetos que pertenecen a mundos diversos. Rescatando lo que todavía está vivo en todos ellos y que tiene que ver con los referentes históricos, con la memoria colectiva, con la pertenencia y por ende con la identidad social y cultural.

Puede ser incluso un espacio de encuentro de varias generaciones en la medida en que la comunidad no sólo alude a una relación social formal, sino que tiene que ver con la expresión de la afectividad<sup>2</sup>. La afectividad está presente como materia prima y sustento de

<sup>1</sup> Como por ejemplo véase: Blanchot, Maurice, *La Comunidad Inconfesable*, Ed. Vuelta, México, 1992.

<sup>2</sup> Bartolomé, Miguel Alberto, *Gente de costumbre y gente de razón*, Siglo XXI, México, 1997.

muchas de las convergencias entre los miembros de una determinada comunidad, pauta las relaciones de intercambio y posibilita la construcción de la identidad social en espacios que contienen importantes referentes y significados para sus integrantes. Es, en palabras coloquiales, hablar de los lazos que se establecen desde el corazón y que posibilitan la constitución y proyección de vínculos sólidos y duraderos.

Pero este resurgimiento de la noción de comunidad no es sólo una cuestión teórica. Existe y ha estado presente en gran parte de un México rural y aún sobrevive en las culturas de muchos pueblos que comparten y reproducen una cierta tradición indígena, a pesar de haber sido integrados a las culturas urbanas y modernas propias de las grandes ciudades<sup>3</sup>.

La propia sociedad urbana ha dado muestras de contar aún con residuos de una tradición histórica que la llevan por momentos a comportarse como una comunidad solidaria. Así, si le queremos poner nombre a muchos de los comportamientos de la sociedad civil mexicana tal vez podríamos pensar en algunos rasgos que nos recuerdan que en algún momento existió una comunidad.

Los referentes inmediatos se pueden observar en los movimientos sociales que la sociedad mexicana ha abandonado desde hace varias décadas.

Algunos puntos de partida de esta nueva condición social podrían ser los movimientos sociales a raíz del terremoto del 1985, el movimiento estudiantil y ciudadano de 1988, y más recientemente los actos de resistencia civil en apoyo de sindicatos, organizaciones civiles, grupos autogestivos y comunidades<sup>4</sup>.

Sin embargo, creemos que el disparador fundamental de este proceso fue sin duda la rebelión de los indígenas chiapanecos a partir de 1994. Este acontecimiento ha sido un parteaguas en la construcción de las nuevas culturas políticas en nuestra sociedad. Los rasgos y características principales de este nuevo impulso de politización de la sociedad se remiten a una manera distinta de entender la política. Los indígenas mexicanos han encontrado en esta gesta una bandera que les ha permitido pensar que es posible luchar por la reivindicación de sus derechos y cultu-

ras indígenas desde un espacio colectivo que convoca a grandes sectores sociales<sup>5</sup>.

A partir de la necesidad de construir consensos y colectivos más amplios y decididos a manifestar su malestar e inconformidad en contra de las políticas neoliberales de las últimas administraciones, el EZLN ha convocado a la sociedad civil mexicana a manifestar su rechazo a este sistema y a inaugurar una nueva propuesta de sociedad y de país. Pero, ¿cuáles son las pedagogías políticas de este movimiento social? ¿Quiénes son los interlocutores de estos nuevos actores sociales?

En primer lugar creemos que hay que reconocer el impacto que el EZLN ha tenido a nivel nacional e internacional. En un intento de resumir algunas de las consecuencias de los movimientos de reivindicación de las identidades étnicas para el resto de la sociedad, podemos rescatar entre otros la vigencia de la noción de comunidad. Con ella se recuperan también lógicas culturales originarias, sedimentos de memoria histórica, ámbitos de pertenencia y de alguna manera la posibilidad de reconstruir una identidad genérica<sup>6</sup>. Aunque no todos somos indígenas, muchos simpatizamos con un proyecto de sociedad inclusivo, tolerante y verdaderamente democrático.

Las estrategias políticas de la “otra campaña” nos interpelan y nos obligan a pensar en que la lucha es a mediano plazo y las formas de agrupación y de colectivización de amplios sectores sociales se dan a través del establecimiento de consensos contruidos desde abajo. Desde los propios actores y desde escenarios locales es que se puede pensar en construir un tejido social que garantice la vigencia de un contrato social plural, amplio y una nueva cultura política.

En un contexto nacional en donde se vive la política como una fuente inagotable e incesante de corrupciones y golpes bajos, en donde los actores políticos convencionales han perdido toda legitimidad por sus desaseados comportamientos, resulta muy refrescante pensar que existen proyectos de sociedad que se sustentan en propuestas legítimas y éticas. Esto adquiere una gran relevancia a partir de que la sociedad civil rechaza las formas en que se dirimen los conflictos entre los actores políticos formados en la tradición de una cultura política obsoleta.

<sup>3</sup> Pérez Zavala, Carlos, *El Pueblo Manda: Identidad cultural y lucha política en Tepoztlán, Morelos*. Tesis doctorado en Antropología, ENAH México, 2005.

<sup>4</sup> Monsiváis, Carlos, “No sin nosotros” *Los días del terremoto 1985-2005*, Ediciones Era, México, 2005.

<sup>5</sup> Díaz Polanco, Héctor, “Etnias, modernidad y autonomía” en *Conciencia étnica y Modernidad*, INI, CONACULTA, México, 1991.

<sup>6</sup> Good, Catherine; *Haciendo la lucha: Arte y Comercio en los Nahuas de Guerrero*, FCE, México, 1988.

Asombrados e indignados, todos los días escuchamos el recuento de los actos de corrupción, autoritarismo, nepotismo y abuso de poder, en una serie de batallas de todos contra todos.

Por otro lado, tomando en cuenta de que estamos viviendo tiempos de luchas políticas sin cuartel, es necesario tomar una postura con respecto a las coyunturas que nos muestra nuestra realidad inmediata y aprovechar las oportunidades de consolidar estas nuevas formas de organización social. Esto no quiere decir que tengamos que tomar como punto de partida o programa las propuestas de los diversos partidos políticos.

Hoy, tenemos una sociedad polarizada entre dos proyectos, dos modelos de sociedad irreconciliables. El México del norte contra el México del sur. Los ricos contra los pobres, los empresarios contra los trabajadores, los medios de comunicación contra los consumidores, etc.

Ante un escenario que nos interpela y nos obliga a tomar partido y asumir una posición con respecto a dos proyectos de país y de sociedad, tenemos que buscar una salida que apunte hacia la consolidación de una comunidad de ciudadanos que al mismo tiempo que defiende sus propósitos y banderas, sea capaz de asumir la tolerancia y la existencia de lo diverso. En este sentido, la primera pregunta que el presente nos abre se refiere a nuestra participación en dicho proceso desde una postura abierta e incluyente. ¿Podremos convivir entre nosotros?<sup>7</sup>

En los meses por venir seremos testigos seguramente de muchos acontecimientos que marcarán las tendencias de lo que el grueso de la sociedad ha decidido. Pero esta decisión no sólo se refiere a quién va a pagar los costos políticos de una reforma energética impopular, sino que va más allá. ¿Qué país queremos? ¿Seremos pasivos si vemos cómo perdemos nuestra soberanía? ¿Nos conformaremos con un cambio aparente que deje intactas las estructuras de dominación y el sistema económico que las sustenta?

Aquí, necesariamente hacemos una comparación con las propuestas que originalmente se plantearon en la “otra campaña”, y pensamos que tendremos que tomar una postura en relación a las preguntas y consultas que los indígenas chiapanecos están haciendo a toda la sociedad mexicana. Aquí está un proyecto explícito de sociedad que le apuesta

al futuro y que en su andar señala rutas para los movimientos sociales en nuestro país.

Más allá de los desvaríos del subcomandante Marcos (delegado Zero), que parecen anunciar el fin de su liderazgo, hay que reconocer que las banderas del zapatismo son vigentes y señalan dimensiones insoslayables de las tareas políticas de nuestro futuro inmediato.

En cuanto a la vigencia de un proyecto alternativo que no está pautado por los tiempos electorales ni está sujeto a algún personaje o candidato, confiamos en que se desarrollen las condiciones de posibilidad para que la sociedad civil imprima su sello en el ánimo de la sociedad mexicana. Mientras eso sucede ya observamos varios fenómenos de agrupación por parte de diversos movimientos sociales que cultivan diversas formas de resistencia que no sólo apuntan a la consolidación de acciones políticas convencionales sino que aluden a comportamientos que construyen nuevas subjetividades sociales.

## ¿Nuevas subjetividades sociales?

Para darle forma a estas nuevas formas de participación política que pueden transformar los viejos sistemas de socialización política que todavía cargamos sobre nuestras espaldas y dentro de nuestros imaginarios sociales, tenemos que aceptar que el modelo de sociedad que nos proponen los dirigentes políticos está agotado. Sabemos hasta ahora claramente qué es lo que no queremos, aunque todavía se está construyendo el modelo de sociedad que sí anhelamos y buscamos. Y esto es así porque el nuevo tipo de sociedad no puede salir de las mentes de unos cuantos, sino que tiene que construirse con base en consensos amplios y probados.

Ese cambio no sólo se refiere a los ámbitos de lo que conocemos convencionalmente como la lucha política entre partidos y actores sociales formales. Las batallas se tienen que librar también en otros campos como el de la cultura, la educación y el de las expresiones sociales y psicosociales que alimentan y dan sentido a las nuevas culturas políticas.

Es decir, es necesario volcar nuestros momentos privados e íntimos hacia el gran flujo de lo colectivo, a los espacios públicos y a lo que es necesariamente un asunto de todos, pero sin descuidar los arraigos micropolíticos que se dan en los intersticios de la pareja, en la relación con los hijos, en los vínculos con los amigos, en los consensos con los gremios de trabajo y en los grupos en los que

<sup>7</sup> Barthes, Roland: *Cómo vivir juntos: simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2003.

participamos. Creemos que resulta necesario refundar los procesos de socialización de los individuos con una conciencia ética y con una propuesta de sociedad que incorpore la dimensión estética.

En los espacios de la micropolítica se construyen las esferas de lo que puede evitar el desmoronamiento de los valores sociales y de las posibles salidas a estados de descomposición social. Es decir, las nuevas formas de participación política incluyen necesariamente un proyecto social que atraviesa el ámbito de lo cotidiano, estructurando en el proceso nuevas subjetividades que dan cuenta de otras formas de solidaridad social. La construcción de comunidades y de consensos de proyectos políticos y el reagrupamiento de voluntades alrededor de proyectos compartidos, suponen también la construcción de subjetividades sociales<sup>8</sup>.

Tal vez es hasta ahora que podemos hablar de una nueva subjetividad que surge de las luchas políticas de los movimientos de resistencia de las últimas décadas. Acciones políticas que se nutren de esos momentos de creatividad que ocurren en las relaciones humanas. Una apuesta que pone en primer plano las relaciones cara a cara y de esa manera responde a los múltiples desencantos y desvaríos de las autoridades y representantes institucionales. En este nuevo horizonte los ciudadanos están perdiendo el miedo y empiezan a expresar su inconformidad y su rechazo a todo lo que consideran que no puede seguir existiendo. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo han comenzado a tomar en sus manos las decisiones que tienen que ver con sus ámbitos más inmediatos. Dejan de ser sumisos y obedientes ante las infamias de los poderosos y resisten y se rebelan ante esas cosas que en el pasado pensaban que no se podían cambiar<sup>9</sup>. Los espacios de la vida cotidiana son por ello, hoy, un punto de partida necesario para la construcción de las nuevas culturas políticas.

Existe en estos ámbitos una gama infinita de posibilidades para llevar a cabo la construcción de nuevos imaginarios sociales e imaginar nuevas formas de entender la vinculación entre la subjetividad personal y social y al mismo tiempo abrir terrenos de acción y de construcción de sentido en donde los ciudadanos pueden imprimirle nuevos significados a sus acciones.

<sup>8</sup> Castoriadis, Cornelius, *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1988.

<sup>9</sup> Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, Ediciones Era, México, 1990.

Una vez más en esas dimensiones de la vida diaria que se construyen y se tejen como relaciones interpersonales se pueden construir redes y vínculos que pueden contrarrestar el efecto de los medios de comunicación en la subjetividad. Los colectivos y comunidades que se nutren de las relaciones interpersonales son lugares privilegiados para desarmar y desanudar los condicionamientos inducidos desde las pantallas televisivas y cuadrantes radiofónicos que, como sabemos, tienen un peso muy significativo en la manera en que se pauta la convivencia familiar y en los patrones de consumo que proponen a través de sus redes.

La impunidad también tiene un registro muy claro en los terrenos de la producción y comercialización de la industria ligada a los medios y al entretenimiento. En estos tiempos de indignidad hemos presenciado una demostración del inmenso poder que tienen las empresas que controlan los principales medios en nuestro país. En una negociación oscura y de espaldas a la ciudadanía los legisladores de los partidos PRI y PAN aprobaron una ley que le otorga a los monopolios de la telefonía, la radio y la televisión todo el control por más de veinte años.

En suma, existen muchos ejemplos de la presencia de impunidades en nuestro país. Como un ejercicio de reflexión habría que pensar tal vez en dónde no se ejerce este privilegio de cometer todo tipo de delitos y no ser perseguidos por la justicia.

Desafortunadamente estamos todavía muy lejos de pensar que podemos erradicar este cáncer social y seguramente tomará varias décadas disminuir sus efectos en la cultura política de nuestra sociedad. Sin embargo, es necesario emprender la lucha en contra de estos rasgos de nuestra sociedad y tratar de combatirlos en todos los frentes. Tanto en los ámbitos inmediatos de la vida diaria como en los que tienen que ver con la vida pública. Mientras tanto, la sociedad civil puede seguir empujando hacia un cambio real y observable en donde la creación y reproducción de la cultura juega un papel indiscutible. Es un espacio que se crea y recrea todos los días y un territorio que se llena de múltiples significaciones. Son los actores sociales que valoran estas expresiones quienes podrán sacar más provecho de sus frutos.

La moneda está en el aire y todavía no estamos derrotados. Será un proceso largo y difícil enfrentar a los dueños del país y hacer que la voz de los que luchan y trabajan por un proyecto diferente se escuche nuevamente como una voz pública abierta y segura de sí misma.